

Capítulo II

Viaje a la Bahía de Mandingo. — Los nativos. — Comercio, etc. — Sarsadee. — La Compañía del Darién de Nueva Caledonia y Escocia. — Los indios San Blás. — Sus modos y costumbres. — Su enemistad con los Españoles. — Mujeres. — Los Sukias. — Ríos. — Bosques. — Caza. — Peces, etc. — Tortugas. — Conchas de tortuga, etc.

Al llegar a Kingston, Jamaica, a principios del año 1816, obtuve al poco tiempo el mando de un bergantín de cerca de 160 toneladas de capacidad, con una variada carga de no muy gran valor pero adecuada para el tráfico con los indígenas.

Salimos de Puerto Real, Jamaica, en el mes de Julio y al cuarto día vimos las tierras altas tras la Bahía de Mandingo, entre Portobelo y el Golfo de Darién. A la mañana siguiente anclamos al lado de sotavento en uno de los numerosos cayos que hay a la entrada y al poco rato vimos una canoa con dos indios que venía cautelosamente rodeando la punta. Al ver nuestra enseña Británica, se acercaron y nos llamaron. Mi asistente, que entendía su idioma, les contestó explicándoles que éramos traficantes ingleses que veníamos de Jamaica. Al conocer el objeto de nuestro viaje nos aconsejaron que procediéramos primero al río Gran Playón, como a un sitio más cómodo para descargar y conseguir carga con rapidez. Se retiraron enseguida para regresar por la tarde acompañados de varias canoas y "dories" (una especie de bote largo hecho del tronco de un árbol), trayendo plátanos, bananos, cocos, yuca, cerdos, aves y tortugas, en cambio de los cuales les dimos anzuelos, espejos, sal y otros artículos que, excepto para ellos, eran de poco valor. Nuestra tripulación, mientras tanto, se puso a pescar y pronto cogieron buena cantidad de guapotes, rojos y plateados, y otra gran variedad de peces, de modo que tuvimos abundante provisión y excelente.

Habiéndose los Indios percatado de nuestra presencia en la costa, al siguiente día nos pusimos en camino por el pasaje interior entre unas islas pequeñas y la tierra firme. Este paso está lleno de rocas y corales, más el agua es tan clara que se pueden fácilmente ver y evitar durante el día, manteniendo un hombre de vigia en la proa para dar aviso de su presencia.

De noche, sin embargo, este paso interior, entre la Bahía de Mandingo y Caret, es totalmente impracticable.

Entre estos dos puntos están las bocas de muchos ríos caudalosos, las fuentes de los cuales son totalmente desconocidas aún para los Españoles, estando situadas en el corazón de una región ocupada por tribus de Indios hostiles, que siempre han mantenido su independencia. Algunos de estos ríos se dice que comienzan a corta distancia del Océano Pacífico, pero ningún estudio auténtico de ellos se ha hecho aún.

Al atardecer anclamos cerca del río Diablo, y de acuerdo con la costumbre, disparamos un cañonazo como señal para los Indios, cuyos principales establecimientos están situados en las riberas de los ríos, a una considerable distancia del mar. La detonación, aún de una pieza de a seis, se oye por un gran trecho en esta región, más sólo el sutil oído de un Indio puede distinguir entre sus retumbos en las montañas y el más frecuente sonido de los distantes truenos. Al oír esta señal, se despachan inmediatamente las canoas para cerciorarse del objeto de la visita. Algunas veces llegan en la misma noche, pero lo más corriente es que se aparezcan por la mañana.

Un buen número de Indios llegaron al bergantín a la mañana siguiente y expresaron mucha satisfacción al ver una embarcación del tamaño del "Clara" en visita a sus costas con propósitos de comercio. Proseguimos, por su recomendación, hacia Needle Kay, como el lugar más apropiado para cargar "fustoc" (*) (palo amarillo que sirve para tintes) que sería la más voluminosa aunque la menos valiosa parte de la carga. Fuimos poco después visitados por los jefes y por el Sukia, sacerdote o mago, de las grandes y pequeñas tribus de los Indios Playones, quienes nos prometieron toda su ayuda. Por su recomendación empleamos a unos cuantos Indios quienes con mucha diligencia nos erigieron una casa en la ribera y en la que teníamos más amplitud para exhibir nuestras mercancías de las que teníamos a bordo. En dos o tres días desembarcamos y arreglamos nuestros enseres, limpiamos un sitio para recibir el fustoc que los Indios se habían ido a recoger a sus diversos establecimientos, y todo auguraba un éxito favorable a nuestro viaje. Muy pronto comenzaron a llegar los Indios en "dories" y canoas de todas partes de la costa con el fustoc; algunos de ellos traían desde quinientas libras hasta tres, cuatro y cinco toneladas, más ninguno de ellos excedió esta última cantidad. En cambio les dimos, loneta para velas, driles y paños listados y otros artículos manufacturados,

(*) FUSTETE. (Del ár. fustaq.) Arbusto de la familia de las anacardiáceas, ramoso, copudo, de hojas alternas, pecioladas, enteras, elípticas y agudas en la base; flores verdosas en panojas pendientes, con pedúnculos muy vellosos después de la floración, y semillas redondas y duras. Se cultiva por el olor aromático de las hojas y lo curioso de las flores, y el cocimiento de la madera y de la corteza sirve para teñir de amarillo las pieles. (Diccionario de la Real Academia Española). N. del T.

machetes y una variedad de juguetes y chucherías propias de este negocio, por cuyos artículos, en cambio, recibimos un precio enorme. Cerdos, aves y abundante variedad de provisiones y de frutas traían de los varios ríos, los que nos vendían a precios ridículos. Los cerdos, conviene decir aquí, los dejamos libres durante el día para que buscaran su alimento, más en la noche, ya fuese por instinto o por miedo a las fieras salvajes, invariablemente regresaban y se apiñaban en un montón cerca de la casa.

Deseosos de adquirir tanta concha de tortuga y cacao como fuera posible, preparamos dos botes grandes, llamados bongos por los Españoles, para una excursión a lo largo de la costa, pusimos algo de la mercadería a bordo y procuramos la ayuda de un Indio traficante que parcialmente entendía el Inglés. Estando ansioso de familiarizarme con la costa tan lejos como fuese posible, me puse al frente de la expedición. La primera noche dormimos en un pequeño establecimiento en la riberas del río Banana, donde intercambiamos algunos artículos de poco valor por conchas de tortuga. De ahí proseguimos al río Mosquito donde hay un establecimiento considerable de Indios, más allí no pudimos hacer negocio, pues quisieron conservar todas las conchas de tortugas que tenían, que era de la mejor calidad, para los traficantes permanentes empleados por Shepherd y Humphries, de Jamaica, que tenían personas establecidas en ese sitio desde hacía algunos años.

Los Indios de este lugar, son particularmente inclinados a los Ingleses y hace algún tiempo que han adoptado la bandera Británica. Del mes de Abril a Octubre, que es la temporada de pesca, se iza esa bandera todas las mañanas en la casa del jefe o cabecilla.

Desde Banana procedimos, a lo largo de la costa, hacia el Golfo de Darién, a Sarsadee, otro establecimiento grande de Indios, donde compramos varios centenares de libras de carey y de cacao. Los indigenas aquí cosechan gran abundancia de plátanos, bananos, maíz y yuca, y otros productos de este prolifero clima; abundante carey verde se coge cerca del establecimiento; las embarcaciones, en cabotaje con San Blas, encuentran aquí un puerto excelente y una mayor variedad de refrescos de los que podrían consumir.

Luego visitamos Nueva Caledonia, el sitio del establecimiento que se intentó formar por la famosa Compañía Escocesa de Darién, en los años 1698 y 1699. Las ruinas del fuerte y de las casas son todavía visibles; el puerto es excelente y parece que no existe falta de provisiones en la región, en los ríos y en el mar. Si este magnífico proyecto hubiera sido debidamente secundado, y no desjuiciadamente opuesto, por la nación Inglesa y los súbditos holandeses del Rey Guillermo, el resultado hubiera sido actual-

VIAJES Y EXCURSIONES

mente, a pesar de la oposición de España, glorioso para Inglaterra y hubiera también eclipsado en esplendor los otros grandes proyectos del Banco de Inglaterra y la Compañía de las Indias Orientales, que se realizaron por ese tiempo; y cuyos directores estuvieron grandemente comprometidos con su iniciador, el mal considerado Patterson, por muchas de cuyas ideas de las que se han originado el actual poder y prosperidad de aquellas grandes organizaciones nacionales.

Como los detalles del proyecto favorito de este extraordinario, aunque desgraciado individuo, están ahora casi olvidados, no está fuera de lugar en esta narración hacer una breve descripción del mismo, tomado principalmente de los escritos de un autor que tuvo acceso a los papeles de la Compañía, "algunos de los cuales se conservan en la Biblioteca de Abogados en Edimburgo, y otros en la Tesorería; además de los papeles de familia de muchos que fueron personajes de importancia en los asuntos de la Compañía". (*)

Patterson, el hijo de un finquero de Dumfriesshita en Escocia, fue educado para el ministerio eclesiástico, y por primera vez visitó el mundo Occidental bajo el pretexto de convertir a los indígenas; tenía relaciones de amistad con Wafer y Dampier, más obtuvo la mayor parte de su información de los antiguos Bucaneros. En Acca, entre Portobelo y Cartagena, hacia el Golfo de Darión, encontró un puerto natural, capaz de albergar una gran flota y con un promontorio que dominaba la entrada. Al principio Patterson ofreció sus planes a los mercaderes de Londres, quienes lo desanimaron; luego a otros en el Continente Europeo, que también lo trataron injustamente. El Elector de Brandeburgo le escuchó pero no hizo nada. Por fin el sanguíneo y enérgico Fletcher de Salton, lo sacó adelante y lo presentó al Marqués de Tweeddale. El señor de Stair y el señor Johnston, los dos Secretarios de Estado de Escocia, también lo patrocinaron; y por medio de los amigos así obtenidos, un estatuto del Parlamento fue aprobado en el año 1695, por el que se consiguió una Concesión de la Corona para la creación de una Compañía de comercio para el Africa y el Nuevo Mundo, en la que se le autorizaba "a crear Colonias y construir fuertes con el consentimiento de los habitantes, en sitios no posesionados por cualquiera de las naciones Europeas".

Se abrió una suscripción, y cuatrocientas mil libras, una suma enorme para ese tiempo, fue suscrita inmediatamente. El proyecto de Patterson, que había sido recibido con timidez, "en privado por muchas personas,

(*) Dalrymple, Memorias de su tiempo. El lector también encontrará muchos detalles interesantes con respecto a una desgraciada expedición de un trabajo últimamente editado por el Reverendo Doctor M'Crie, titulado "Memorias de St. William Veitch y George Brysson, escritas por ellos mismos, etc., Edimburgo, 1825", en 8vo., pp. 222-251.

llenó a estas de esperanza cuando les llegó en las alas de la fama". (Dalrymple, Memorias). Dos o tres personas respetables fueron nombradas para recibir las suscripciones en Inglaterra y en el Continente. Los Ingleses suscribieron 300,000 libras y los Holandeses y Hamburgueses 200,000 más. Patterson habría de recibir como remuneración el dos por ciento de las acciones y el tres por ciento de las ganancias, mas cuando vió la enormidad de la suscripción, con el generoso espíritu que pertenece al genio, exoneró a la Compañía de sus reclamos.

Mientras tanto, los celos del negocio, "que le han hecho más daño al comercio de Inglaterra que todas las otras causas juntas", crearon alarma en Inglaterra; y el Parlamento, sin ninguna consideración, pidió al Rey, el 13 de Diciembre de 1695, que declarara el proyecto como detrimental a la Compañía de las Indias Orientales.

Los escoceses, sin embargo, perseveraron y valientemente defendieron sus derechos. Construyeron seis embarcaciones en Holanda, de 36 a 60 cañones cada uno, y el 26 de Julio de 1698, mil doscientos hombres zarparon de Leith en cinco barcos fornidos, y aunque estos hombres podrian haberse abierto paso por la fuerza del extremo norte de México al extremo sur de Chile, no usaron de ella con los nativos, sino que, en todas sus transacciones, actuaron justa y honorablemente en todos los aspectos, y su primer acto, que se llevó a cabo por indicación de Patterson, fue "proclamar la libertad de comercio y de religión a todas las naciones!"

Los colonos, en su primera carta al Consejo de Directores, informaron que 'En cuanto al país, lo encontramos muy saludable; pues aunque llegamos en la temporada de lluvias, de la que apenas nos pudimos guarecer durante varias semanas, y se enfermaron muchos, sin embargo, se han recuperado y están en tan buen estado de salud, como apenas podría esperarse estando tantos hombres juntos. Una gran variedad de papeles de la Compañía en la Biblioteca de Abogados, prueban que la tierra era buena, el clima saludable y el paso entre un mar y el otro no era difícil.

Los colonos se mantuvieron por ocho meses, esperando en vano aquella ayuda de Escocia, que las dificultades puestas al paso de las operaciones de la Compañía le impedían les llegara; y escaseando las provisiones, aunque los indígenas, pescando y cazando para ellos, les daban ese alivio temporal que los Ingleses les negaban, casi todos ellos abandonaron el establecimiento.

Mientras tanto, la activa enemistad de los Españoles, y otros enemigos de la Compañía, provocó a los Escoceses a enviar un refuerzo de mil trescientos hombres, mas esta expedición fue apresuradamente preparada y mal aprovisionada. Llegaron a distintas épocas, con la salud quebrantada, y

VIAJES Y EXCURSIONES

desanimados por la situación en que encontraron el establecimiento; para agregar a sus desgracias, se dijo, que ciertos amargados y prejuiciados predicadores agostaron el ánimo de las gentes y provocaron divisiones y descontentos entre ellos, mientras la más activa e inveterada enemistad y oposición a la Compañía continuaba su labor en Inglaterra.

El último grupo de escoceses que se juntó al segundo grupo de colonos después de tres meses de su llegada, fue el Capitán Campbell de Finab al mando de una compañía de hombres de su propio estado con la que había peleado en Flandes. Este bravo caballero marchó a Fubucantee al segundo día de su llegada y con doscientos hombres, atacó y derrotó, con gran carnicería, una fuerza española de 1,600 hombres, que se habían reunido para destruir la Colonia. Al quinto día volvió al fuerte con muy pequeña pérdida, pero encontró a once embarcaciones españolas bloqueando el puerto, sus tropas desembarcadas y cortadas todas las esperanzas de ayuda o provisiones. Soportó el sitio por seis semanas, hasta que el enemigo, con sus aproches, cortaron los fosos, y la guarnición, después de fundir sus vasijas de peltre para hacer balas, fueron forzados a capitular en forma honrosa. Muchas desgracias les acaecieron al regreso a sus hogares; y mientras los Españoles les mostraron generosas consideraciones, los Ingleses los trataron con la más inveterada enemistad y malicia.

Todo el grupo se dispersó completamente y sólo la embarcación del Capitán Campbell y otra pequeña, con cerca de treinta hombres del total, regresaron a Escocia, donde encontraron a Patterson trabajando por el restablecimiento de los asuntos de la Compañía. El Capitán Campbell sobrevivió muchos años en Escocia, abandonado y lastimero, pero infundiendo respeto.

Inglaterra, por la imprudencia de causar la ruina de aquel establecimiento, perdió la oportunidad de asegurarse mayor poder comercial que la que podría presentársele a nación cualquiera. Hay momentos cuando los proyectos más visionarios pueden tener éxito, y si España e Inglaterra se hubieran unido en aquel tiempo en abrir un paso a través del Istmo de Darién, la situación de la primera podría ser en la actualidad muy diferente; y los esfuerzos de las inadecuadas y mal informadas compañías que han surgido recientemente, en varios sectores, con el propósito de llevar a cabo un canal de unión entre los dos océanos hubieran sido innecesarios. Los esfuerzos que ahora difícilmente podrían prosperar serían, al menos que sean entusiastamente secundados y vigorosamente patrocinados, aquellos de las principales naciones de Europa y América.

Habiendo posteriormente hecho varios viajes a San Blás en el Clara tuve buena oportunidad de informarme sobre los usos y costumbres de los nativos del Istmo, que parecen ser de raza distinta de los Valientes y otros

Indios del río Beling, Chrico Mola, Chiriquí y otros sitios al norte. Son mucho más bajos de estatura, pocos de ellos exceden los cinco pies dos pulgadas de alto, más tienen el pecho fuerte, hombros anchos y son excepcionalmente activos; sus frentes son angostas y achatadas, ojos pequeños y generalmente de color negro o café oscuro; los huesos de las mejillas anchos y llenos, y los labios no muy gruesos. El cabello de la cabeza, grueso y negro, lo llevan atado por detrás, suelto o en una trenza, dejándosele crecer bastante largo, mas cuidadosamente se lo depilan en todas las otras partes del cuerpo. El color de la piel es de un amarillo oscuro, peculiar a los habitantes de esta región de América. Existen algunos casos de "albinos" entre ellos, y en uno de mis viajes al Golfo de Darién, ví, en el Río Coco, un niño de cinco años o "estaciones", completamente blanco, sin ningún defecto aparente de la vista como la que los "albinos" suelen sufrir.

Los indígenas de San Blás son una raza de hombres recios y activos, extremadamente celosos de su independencia, la que hasta ahora han mantenido con vigor; y lo que no es muy común entre los otros indígenas de América, son muy apegados y cuidadosos de sus mujeres. Algunas de estas acompañaron a sus caciques a bordo. Iban envueltas en telas azules o a rayas de algodón de su propia manufactura que les cubrían desde los pechos hasta un poco más abajo de las pantorrillas. Llevaban una profusión de pequeñas chaquiras de cristal alrededor del empeine, formando una banda de dos o tres pulgadas de grueso, y llevaban bandas o brazaletes similares alrededor de las muñecas. Sus orejas estaban perforadas, así como el cartilago de la nariz, en la que llevaban anillos de oro o plata; los zarcillos o pendientes eran suplidos principalmente por los traficantes de Jamaica, mientras que las joyas de la nariz eran de su propia hechura, consistiendo en un grueso anillo de oro en la forma de un triángulo obtuso de cerca de tres cuartos de pulgada de circunferencia. Al cuello llevaban una inmensa cantidad de semillitas de colores vivos y collares de rojo coral. Algunos de los que llevaban las mujeres de los caciques, bien podrían pesar varias libras. El cabello que es largo y negro, lo llevaban peinado no sin elegancia, y atado en la cima de la cabeza con una especie de punzón, hecho de carey o madera fina. Su color es mucho más claro y brillante que el de los hombres. Sobre la cabeza se echaban una pieza de tela azul o sahemporte que les cubría completamente las espaldas, los pechos y un lado de la cara. En conjunto, el comportamiento de estas mujeres era extremadamente modesto, tímido y agradable.

Sus maridos son exageradamente celosos de los extranjeros y se dice que esa es la razón por la que rehusan que se establezcan en su territorio. Sus tratos comerciales son siempre llevados a cabo en uno de los numerosos cayos o islas de la costa, seleccionado para tal objeto. Quizás esta costumbre se deba, en cierta medida, a la necesidad en que se encuentran, de guardarse con gran vigilancia contra sus vecinos Españoles, por los que

VIAJES Y EXCURSIONES

muestran una enemistad inveterada. Ningún barco español que haya caído en su poder ha podido salvar su tripulación, pues cualquiera de ellos que sufra la desgracia de naufragar cerca de sus costas, sufre, bajo cualquier circunstancia, la masacre de la tripulación, como fatal consecuencia.

Durante uno de mis posteriores viajes a este sector, una excelente goleta Española con quilla de cobre, de cerca de 120 toneladas, cargada de vino, arroz, maíz, azúcar, ladrillos, y tasajo, encalló durante la noche en un escollo rocoso, un poco al noreste del gran río Playón. La tripulación, conociendo la inevitable consecuencia de ser descubiertos en la mañana, cogieron sus botes durante la noche y llegaron a Portobelo. La embarcación siendo fuerte y bien construída, dió contra el arrecife sin sufrir grandes daños. Los indios, inmediatamente que descubrieron el accidente, la abordaron y la saquearon, cortando los mástiles y el bauprés, con el propósito de inutilizarla y aprovechar la herrería. Se lamentaban de que la tripulación hubiese escapado. El casco del barco fue después llevado a Needle Kay (Cayo de la Aguja) donde yo lo usé para armar una goleta bajo mi mando.

Es de lamentarse que esta parte del Istmo sea tan poco conocida. Se me ha asegurado por muchos indios inteligentes, dignos de confianza, que uno de los ríos en los que están asentados, tiene su origen en una especie de laguna o lago, apenas a ocho millas de distancia del Pacífico. Los bosques de San Blás, producen algunas muy valiosas maderas, entre las que pueden ser enumeradas, el fustoc, cedro, palo hacha, ébano, brasil, palo de lanza, y gran variedad de maderas finas, bien adaptadas para el uso de carpinteros de banco, pero hasta ahora poco conocidas. El interior abunda en caza de variada descripción, entre la que están el tapir o vaca de monte, el waree, pecarí, antílope, armadillo, y otros, además de una gran variedad de aves. Ningún río o costa del mundo puede producir una mayor variedad de peces tan excelentes, o de mejores tortugas; y su cantidad parece inextinguible. Los cocoteros nunca son cortados ni destruidos por los Indios de San Blás; y son tan abundantes en todos los cayos, que la fruta es considerada de poco valor excepto por razón del aceite, que los nativos extraen y usan para el cabello, para sus lámparas y para sus menesteres. Cualquier cantidad de esta fruta puede conseguirse a muy poco costo.

Los habitantes de esta parte de la costa, son muy cuidadosos en preservar la tortuga pico de halcón. Nunca destruyen sus huevos y tienen un método singular, aunque cruel, de desprender la concha sin matar al animal, como lo hacen las otras tribus. Recogen una cantidad de yerba seca u hojas con la que cubren el lomo de la criatura y luego le dan fuego. El calor hace que la concha se desprenda de las junturas. Con un cuchillo largo van gradualmente levantando las piezas de la espalda, teniendo

mucho cuidado de no dañarlas con mucho fuego, ni de forzarlas sino hasta que el calor las haya dejado listas para su separación.

La tortuga misma es sostenida por un indio durante esta operación, y luego se la deja escapar; pero gran número de ellas, reducidas a un estado de impotencia, son víctimas de los numerosos tiburones que pululan en la costa. Ha habido casos, sin embargo, de que la tortuga es cogida de nuevo después de haber sufrido el proceso, y la concha que subsecuentemente se ha formado, en vez de estar dividida en trece piezas, —número corriente—, sólo tiene una que la cubre toda.

Los traficantes, que no son jueces de fustoc, son a veces engañados vendiéndoseles una clase de madera espúria sin tinte; y ellos mismos deterioran la calidad de la legítima madera, sumergiéndola en agua salada para aumentar su peso. Estas prácticas, junto con la circunstancia de que una gran cantidad de madera inferior es cortada en sitios bajos y suamposos ha depreciado el carácter de la que se recoge aquí; pero yo estoy completamente satisfecho de que el fustoc de las tierras altas del Istmo es tan valioso como el de Cuba, Jamaica o cualquier otro lugar.

Los nativos son excelentes cazadores y pescadores. Uno de sus métodos de pescar es verdaderamente singular. Siendo clara el agua de las costas, ellos pueden ver a los peces descansando o nadando cerca de la superficie o en sitios poco profundos, y matan un número considerable de ellos siguiéndolos en las canoas y tirándolos con flechas.

Las mujeres y los niños plantan y cultivan maíz, yuca, plátanos y otras provisiones, siendo tarea de los hombres el corte de madera, prepararla para la venta y otros usos y limpiar las tierras para sus plantíos. No son muy adictos a licores espirituosos como algunos de los otros indios de la costa; y usan su propia chicha, licor hecho de maíz, yuca y plátanos con preferencia al ron. Por lo general tienen una sola mujer, aunque hay algunos entre ellos que por inclinación y habilidad para mantenerlas llegan a tener cuatro o cinco. Sus casas están construídas a corta distancia una de otra. Cada esposa tiene, por lo general, su casa o choza separada y viven en términos amistosos con sus vecinos. El marido corrientemente hace su residencia con la mayor de las mujeres, la que tiene obligación de dar el ejemplo a las demás y mantener un amistoso trato con la familia, llamándoles la atención a su bienestar y conveniencia. Algunas veces, aunque no muy a menudo, se mantienen todas en una casa, excepto durante el período avanzado de preñez, de parto, o de amamantar a los hijos, en cuya época invariablemente viven solas. Al momento llegado, la mujer, como es costumbre en las tribus indígenas, se retira a una choza construída en el bosque, a una distancia del resto de la familia. Allí permanece asistida

VIAJES Y EXCURSIONES

por una pariente de edad, quien queda recluida con ella. El período laborioso es corto, comparado al que generalmente se experimenta en la vida civilizada; y previamente a su regreso al trato corriente con la familia, una especie de purificación pública de sí mismas y de la cría tiene lugar.

Las personas de mayor posición, después de los jefes principales, son los Sukia, que son a la vez médicos y sacerdotes. Estas personas están supuestas a tener comunicación con un agente invisible, o gran espíritu, y están dotados, por su medio, de predecir los acontecimientos. Han adquirido conocimientos de las virtudes medicinales de algunas plantas y están capacitados, por lo tanto, para curar heridas y también algunos de los desórdenes incidentes al clima. En consecuencia son tenidos en gran estima y veneración por los indígenas más ignorantes. Previamente a ser tenidos como Sukias profesionales, se recluyen, algunas veces por meses, en los bosques sin tener comunicación alguna con nadie; y es allí que tienen contacto con el espíritu del que se ha hecho mención. Ellos son profundamente astutos y comparativamente inteligentes, y una vez que han adquirido dominio en casa, su fama se extiende a las tribus vecinas.

He oído a menudo, y no tengo la menor duda del hecho, que se ha sabido que bailan, en estado de completa desnudez, en medio de una gran pira encendida, no teniendo las llamas ningún efecto sobre sus cuerpos, y esto lo hacen hasta que se extingue el fuego. Resisten los efectos de las llamas por medio de un poderoso antidoto, extraído de substancias vegetales, la preparación del cual es conocida sólo de los Sukias superiores.

Todos sus conocimientos, sin embargo, han sido insuficientes para luchar contra las enfermedades introducidas por los Europeos, siendo muchos los nativos que han muerto por la viruela, el sarampión y otros males para los que no conocen cura y por los que su número ha sido reducido grandemente. A la primera aparición de sarampión o viruela, que han probado ser tan destructivos de estos pobres Indios como la plaga ha sido para los habitantes de otras partes del mundo, abandonan sus establecimientos y se van a algunos de los numerosos cayos de la costa en busca de aires puros. En uno de los cayos los infectados son cuidadosamente recluidos y se evita el trato con ellos hasta que están libres del mal. La muerte, sin embargo, generalmente pone fin a sus sufrimientos.

Los Mosquitos, repetidamente, han intentado dominar a los indios de San Blás, y mucha sangre ha sido derramada en consecuencia. La última expedición contra éstos tuvo lugar hace cerca de veinte años. Consistió en unos trescientos hombres, los que casi todos fueron aniquilados en los diversos encuentros que tuvieron lugar en las posiciones desventajosas a las que fueron atraídas. Muy pocos de los invasores regresaron a sus tierras,

y por lo tanto, no es muy seguro que intentos similares vuelvan a llevarse a cabo desde la Costa de Mosquitos.

Cuál será la política de los nuevos gobiernos de la América del Sur hacia la conciliación de estas y otras tribus independientes, está por verse, pero a juzgar por algunos de los recientes decretos de Colombia, mucho es de temer que la importancia de estas tribus no ha sido justamente apreciada. Por las restricciones impuestas a su comercio y otras actividades, ellas pueden continuar considerando a los Colombianos no mejores que los Españoles; y si es así, las consecuencias no pueden ser sino dañinas para ambas partes. Sus territorios son naturalmente tan fuertes, y los puertos y lagunas tan intrincados que los contrabandistas, corsarios o piratas, si están en buenos términos con los Indios, siempre podrán encontrar refugio; y el comercio con Cartagena, Portobelo, etc., puede, en consecuencia, en cualquier momento, encontrarse con interrupciones y daños. Esta parte del Istmo de Darién presenta un precioso campo para las investigaciones del viajero industrial y científico; y, sin duda, muchos muy importantes descubrimientos, botánicos, mineralógicos y otros están por realizarse por aquellos que tengan la inclinación y habilidad para explorarla.

Volviendo a nuestras operaciones comerciales habiendo salido de Nueva Caledonia proseguimos a Caret, donde dispusimos de lo último de nuestra mercadería a cambio de cacao, con lo que completamos la carga de los dos bongos, y regresamos con facilidad a la embarcación en Cayo de la Aguja.

Durante nuestra ausencia, el traficante había mantenido el más amistoso trato con los nativos y había recogido cerca de cien toneladas de fustoc además de otros más valiosos productos, lo suficiente para la carga de regreso, con la que llegamos con seguridad a Jamaica, después de una ausencia de cerca de nueve semanas.

En mis subsiguientes viajes a la costa siempre encontré a los Indios ansiosos y deseosos de contribuir al éxito de los barcos que comandaba. Por lo general, se apegan a aquellos que los visitan con frecuencia. Cada viaje subsiguiente mejora su amistad y su deseo por desarrollar los intereses comerciales de su región, tanto como su ignorancia e inexperiencia les permita juzgar.